

Diario de un nacionalista olvidado

24 de diciembre de 2072 a las 23:40 p. m.

En la plaza de armas acaban de dar un golpe de Estado, en víspera de Navidad, o sea, en Nochebuena. Todos acompañados por su familia, esperando lo inevitable, otro estado más se parte en otros países. Un grupo de guerrillas arequipeñas exclama por la independencia de Arequipa y nadie puede defender el Estado, debido a la guerra pasada con Ecuador que nos dejó sin gran parte del norte y casi sin ejército. Estamos condenados, somos un país pequeño, listo para ser tragado por el imperio de Sao Paulo. Sorprendentemente esto no me importa, solo quiero ver a mi madre, que se halla en Santiago, enterrada bajo tres metros en alguna fosa común, esperando volver para allá algún día, a pesar la vergüenza de volver a tierras del enemigo donde estuvimos por veinte años, hasta la derrota de Maipú. Donde comenzó la derrota del gran general José Chunka y la caída del imperio peruano.

Volviendo a lo mismo, quiero volver a Santiago y sentarme en el cerro para hablar contigo, todo ha perdido sentido dentro de esta pelea de imperios y estados a la que estamos sometidos, como decía Pizarnik:

Simplemente no soy de este mundo... Yo habito con frenesí la luna. No tengo miedo de morir; tengo miedo de esta tierra ajena, agresiva.

El mundo nos ha dado la espalda, primero a mi madre y luego a mí. Rechazado por esta sociedad que teme la guerra y acepta ser absorbida por otros imperios o naciones. Le tengo miedo a desaparecer como país, mas no a mi muerte. Mi último deseo antes de morir es que este imperio resurja y aniquile a sus enemigos.

2 de febrero de 2073 a las 3:26 a. m.

Llevo cuatro semanas comiendo pan con pejerrey, la economía no me permite más. Dejé de fumar Marlboro y solo me puedo permitir unos clásicos Inka, junto a colillas que encuentro por el suelo. Los veinte soles diarios son mis amigos, junto a la luz que cruza por el hueco de las cortinas, y me dice qué hora es, ya que no cuento con un reloj. Mi casa es muy pequeña, consta de dos cuartos, pero es lo normal. Una ventana en la sala y cuarto, cocina pequeña, con una hornilla y un lavadero. El refrigerador está en la sala ya que no entra en la propia cocina. La sala, como ya dije, cuenta con el refrigerador y un sillón rojo, al que si le levantas los cojines está literalmente hueco al respaldar. Por último, tiene una mesa llena de polvo, ceniza y varios ceniceros. Regresando a mi cuarto, ya saben, la ventana con las cortinas huecas y colillas por el suelo. Al final está el colchón que reposa en el suelo, huele muy mal y no tiene sábanas. La ropa es extremadamente cara.

Todo eso se debe a la discriminación racial que nos hacen, como peruanos nos odian, todos nos quieren abajo y separar a la gran nación. Nos queda Lima y unas regiones al norte y al este. Quieren destruirnos pronto, nos temen. Por eso tanta humillación, con las multas y el territorio que nos quitan.

Dos horas más tarde de eso, leo este poema de Alejandra Pizarnik:

1

He dado el salto de mí al alba.
He dejado mi cuerpo junto a la luz
y he cantado la tristeza de lo que nace

La tristeza de lo que nace, pensé en esto tras ver a una señora paseando con su hijo durante el amanecer, saliendo de un bar llamado Jaimito, por Faucett. La situación es rara porque el Callao había vuelto a ser una gran zona después de la reconstrucción de la ciudad después del bombardeo de seis horas el 2035. Edificios gigantes que resistieron terremotos, grandes colegios y universidades. Incluso a la gente le gustaba venir a pasear al Callao a pesar del claro riesgo natural de los terremotos. Volviendo al presente, ya conté sobre la guerra de Ecuador, ellos viendo del norte arrasaron con todo a su paso, eso incluía la gran ciudad del Callao y lo que implicaba como un signo de resistencia del pueblo por el bombardeo de seis horas. Destruyeron y mataron a casi todos, derrumbaron los grandes edificios y cortaron con la cultura de la ciudad, son unos monstruos. Entonces, cuando salí del bar y caminé por la avenida, observando al niño y a la señora, claramente flacos y desnutridos por la situación del país, Faucett volvía a ser como en el 2023, todos volvían a tener hambre y a vagar por una avenida gris hasta llegar a su casa. De cierta manera no me molestaría volver a ser niño, esto me recuerda al 2030. Caminar con mi madre al nido y ver toda la ciudad gris, desde las avenidas.

5 de mayo de 2073 a las 2:45 p. m.

Fly me to the moon
Let me play among the stars
Let me see what spring is like on
A-Jupiter and Mars

Hoy es un día feliz, me levanté de la cama con una canción que me gusta mucho, muy romántica. Dentro de esta carcasa de tristeza y crueldad, yo creo que todavía hay un tipo romántico. Bueno, entonces, continuando con la mañana, me levanté e hice el desayuno, un pan con huevo acompañado de un cigarrillo armado, descubrí que son más baratos así es que comencé a fumar así, además duran muchísimo más que una cajetilla de veinte cigarros. Me recosté en el sillón después de desayunar y al

teléfono me llegó un mensaje del banco diciendo que me darían un bono por ser un ex combatiente en la guerra de Ecuador. Al inicio no creía que sería mucha plata pero ahora que ya la retiré estoy demasiado feliz, son 100 soles. Con todo eso puedo comprar tabaco para el próximo año, pagar el alquiler el próximo mes y comer muy bien, por fin algo bueno después de seis meses. Algo importante es que ahora puedo salir con más regularidad, aunque en realidad no tenga mucho que hacer fuera de casa, mis días se podrían resumir en estar aquí usando el teléfono o dormir hasta el mediodía y, cuando hay plata, salir a tomar unos tragos a Jaimito.

Un rato después sigo echado, mejorando los cigarros que armo, ahora parecen como si fueran de máquina, jeje. La canción sigue sonando en loop y cada vez me gusta más y más. Me recuerda a esos días en Santiago antes del caos, tomando café con mi madre en las tardes, viendo la ciudad desde el balcón del quinto piso, el aire que pasa por la mampara y ver las rejas del balcón negras que contrastan con el cielo del atardecer. Ahora estoy echado en el sillón sin comida y fumando todo el tiempo, por la ventana se ve solo el cielo gris que sin un reloj no me da ninguna pista de que hora podría ser.

9 de junio de 2073 a las 2:00 a. m.

Me llegó una carta, una carta. Estamos en 2073 y la gente usa cartas. Estoy preocupado. La última vez que fui a la guerra me lo contaron por cartas, fueron dos, la primera preguntándome por la inscripción y la segunda diciéndome que iría a Loreto para pelear en guerrillas. Ahora no siento eso, y no es coincidencia, literalmente la carta dice en el sobre que es del sistema judicial. Luego de darme cuenta a dónde quieren que vaya, me asomé por la ventana de la sala y lo vi. Un hombre de 1.90 mínimo, observando fijo, vestido con una larga gabardina, no tenía pelo y era demasiado cachetón. Luego de hacer contacto visual conmigo se prendió un puchón y se recostó sobre su carro, él simplemente observaba.

Al cerrar la cortina me eché en la cama y agarré un libro que me dejó mi padre como parte de su herencia al morir de cáncer en la boca por fumar. El libro contenía los mejores poemas de José Watanabe. Agarré el marcador que tenía metido entre las hojas y al sacarlo lei:

El guardián del hielo

Y coincidimos en el terral
el heladero con su carretilla averiada
y yo
que corría tras los pájaros huidos del fuego
de la zafra.

Ese hombre vendría a ser el heladero, la carretilla sería lo que sea que el gobierno le halla encargado y yo vendría a ser el idiota que corria tras los pájaros. Por alguna extraña razón este hombre tiene un conflicto conmigo y no sé cuál es, el sobre me da mucho miedo, no voy a ser capaz de abrirlo. Creo que voy a esperar a que los acompañantes del pelado suban a matarme.

Han venido a buscarme por lo de Trujillo, por tomar esa decisión, por ser cruel con esa gente que se negó a ayudarme a cerrar la ciudad, malditos traidores.

Después de ganar en Loreto los altos mandos me subieron de rango rápido a general, debido al fallo estrepitoso de los otros generales en Piura, lo que condujo a la muerte de todos. Había pasado un año y esperaba a los ecuatorianos en Trujillo, listo para defender la ciudad, hasta ese momento no habían podido romper la línea frontal así que cruzaron por la sierra, continuaron arrasando con todos y rodearon a mi ejército en Trujillo, ahí decidieron asediar la ciudad. Aunque no ganaron por mar, por lo que cabía la posibilidad de abandonar el lugar lo más rápido posible, y así fue. Todos los altos mandos pidieron que dejemos la ciudad con la gente, por lo que comencé la evacuación, pero la gente se negó a hacerlo. Nadie quería abandonar sus casas ni a sus mascotas. Pasaron cuatro meses y nadie quería moverse, apenas desplazamos a más de 100 personas y el asedio nunca paró. Al quinto mes perdimos la batalla y tuvimos que retirarnos. Con todo eso, nadie de la ciudad quiso abandonarla y en un momento de desesperación matamos a todos los que estaban molestando el abandono de la ciudad por parte de los militares. Ese día fui el responsable del asesinato de 3000 traidores a la patria. Volví a Lima y me promovieron de vuelta a soldado raso hasta que perdimos la guerra, sorprendentemente sobreviví sin haber perdido nada.

En mi cama, comienzo a sentir el frío y la áspera cama me incomoda, en realidad no es así, me desespera saber en qué está el hombre de allá abajo, si es que quiere matarme a mí. Ahora suena la puerta, han tocado. Me niego a pararme y abrirles a esos desgraciados, es todo su culpa. Yo me volví un buen ciudadano y no dañé a nadie, ellos me dañaron a mí. Me olvidaron en esta pocilga que pagó casi gratis y sus bonos ya no valen nada. Me resigno a ir preso o a que ellos me maten, pero no puedo hacer nada. Me quedaré echado esperando a que tumben la puerta y que hagan lo que quieran, malditos cerdos antinacionalistas del gobierno.

Manuel Ignacio Fernández Luján
Quinto de Secundaria